



Bautismo del Señor 2014

Lecturas:

Isaías 42, 1-4. 6-7; Hechos 10, 34-38; Mateo 3, 13-17.

Termina hoy, con la fiesta del Bautismo, el tiempo de las manifestaciones de Jesús: en la Navidad se manifestó a los pobres, representados por los pastores; en la Epifanía, a los Magos, en representación de todos los pueblos; hoy, al recibir de Juan el bautismo en el río Jordán, es manifestado por Dios como su Hijo amado, y es así acreditado como Mesías ante el pueblo de Israel para el inicio de su misión de anuncio de la llegada del Reino de Dios.

El bautismo es la primera ocasión en que Jesús, ya hombre maduro, entra en la escena pública. No se muestra como protagonista de gestos extraordinarios ni de una enseñanza, sino como hombre plenamente solidario con los pecadores. El camino emprendido por Jesús, ya desde el comienzo de su ministerio, se caracteriza por el abajamiento, la humildad, la misericordia para con los hombres; y de esta manera da a conocer el misterio de Dios (cf. Jn 1, 18).

Juan el Bautista comenzó su predicación con esta llamada: *“Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos”* (Mt 3, 2). A esta invitación se adhieren muchos judíos, los cuales, decididos en sus corazones a cambiar de mentalidad y a producir frutos de conversión, se hacen lavar por él en el río Jordán, para que se les perdonen los pecados (cf. Lc 3,3). Atraídos por su predicación, también los publicanos, es decir, los pecadores públicos, vinieron a bautizarse (cf. Lc 3, 12). Pues bien, en esta fila de pecadores que se dirigen a Juan confesando sus propios pecados está Jesús, plenamente solidario con los pecadores, confundido entre ellos.

Es inaudito el hecho de que Jesús, aquel que está sin pecado y viene de Dios, a quien Juan acaba de anunciar como *“más fuerte que yo”*, que *“os bautizará con Espíritu Santo y fuego”* (Mt 3,11), se presente en medio de los pecadores y se ponga entre ellos para ir a recibir un bautismo en orden a la remisión de los pecados: pero esto es exactamente lo que sucedió.

El hecho de que Jesús quiera hacerse bautizar causa la sorpresa del Bautista. Juan ha comprendido que Jesús es el *“Cordero de Dios”* sin mancha, dispuesto para ser ofrecido y, en consecuencia, no ve la necesidad del bautismo, que implica el arrepentimiento de los pecados, en su caso. De ahí que le diga: *“Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?”* (Mt 3, 14).

Sin embargo, Jesús sabe que debe hacerse bautizar y le dice al Bautista: *“Déjalo ahora. Esta bien que así cumplamos toda justicia”* (Mt 3, 15). ¿Qué significa cumplir toda



justicia? La justicia tiene en la Biblia un significado más amplio del que nosotros le damos en la forma ordinaria de hablar.

Pablo nos hace comprender que Dios es “justo” porque “justifica”, “hace justos” a los hombres que se confían a Él (cf. Rom 3,22-31 etc.). Jesús ha venido a propagar la justicia de Dios, que nos hace justos. Para propagarla, debe introducirse entre los pecadores y aceptar el tratamiento que ellos merecen. Jesús, inocente, debe sufrir en lugar de los pecadores en el plan de Dios, para hacerlos justos y cumplir así la justicia plena. Se trata de un misterio de amor, de solidaridad por amor. Jesús se solidariza con nosotros, pecadores, para abrirnos el camino de la justificación, de la santidad.

Y justamente en el momento en que Jesús sale de aquel agua cargada con los pecados de la humanidad, *“se abrieron los cielos y vio que el Espíritu Santo bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”* (Mt 3, 16-17). Así, mientras Jesús está en oración, es decir, a la escucha de la voz del Padre, se cumple el anuncio de Isaías, que hoy hemos proclamado: *“Sobre él he puesto mi espíritu”* (Is 42, 1); más aún, es como si Dios dijera a Jesús: *“Te amo con un amor eterno porque ya de inmediato revelas mi rostro, mi misericordia para con los pecadores”*. Era difícil pensar que Dios amara a los pecadores, mas para que no hubiera dudas al respecto, nos lo ha mostrado en el primer acto de la vida pública de Jesús. El Padre quería ver a Jesús entre los pecadores; y precisamente en este abajamiento quería manifestarlo lleno del Espíritu Santo. Así testimonia la voz del Padre que su justicia se ha realizado y ha llevado a su cumplimiento las profecías de la Escritura.

El texto de Isaías nos ayuda a comprender mejor el significado de las palabras que el Padre dirige a Jesús. *“Este es mi Hijo querido, mi predilecto”*. El Siervo de Dios que describe el profeta es también su elegido, en el que Dios se complace, y sobre el cual ha puesto su espíritu, para implantar el derecho y la justicia en la tierra y para abrir los ojos de los ciegos y dar la libertad a los cautivos. Y el texto de los Hechos de los Apóstoles sitúa la misión de Jesús en continuidad con la predicación del bautismo de Juan y la describe diciendo que Jesús de Nazaret *“ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, ...pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”* (Hch 10, 38). De esta forma explícita también el testimonio del Padre sobre su Hijo amado.

En el acontecimiento del bautismo de Jesús se revela la unidad de la acción salvadora de la Santísima Trinidad: Jesús es el Hijo amado, en el que el Padre se complace. Y el Espíritu Santo viene sobre Él, para que pueda comunicarlo a todos los creyentes. De esta manera se manifiesta que el acontecimiento del bautismo de Jesús anticipa todo el sentido de su vida, misión y predicación, hasta la muerte. Jesús, al sumergirse en el agua para ser bautizado, manifiesta su intención de hacer frente a la muerte para vencer al pecado. Y al salir del agua, preanuncia la resurrección que seguirá a su pasión.

En el bautismo de Jesús encontramos, pues, el verdadero fundamento de su vocación y de su misión: el amor del Padre, atestiguado por el Espíritu Santo, desciende y permanece sobre él, habilitándolo para que ejerza el ministerio del Mesías profeta del tiempo definitivo, en el que Dios *“nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos”* (Hebr 1, 2). Más aún, su



bautismo es manifestación de fe y obediencia a la voluntad del Padre, que le lleva a gozar de una experiencia de amor paterno de Dios hacia él y de su amor filial al Padre.

La fiesta del Bautismo de Jesús es para nosotros también memoria de nuestro bautismo y, al mismo tiempo, de la voz de Dios dirigida a cada uno de nosotros: “Tú eres mi hijo”. Cada uno de nosotros es hijo de Dios, es causa de su complacencia, si reconociéndose pecador emprende el camino de conversión, de retorno a Él. Sobre cada uno de nosotros desciende y reposa el Espíritu Santo si sabemos invocarlo y disponerlo todo para acogerlo. Así podemos sentirnos hijos de Dios, capaces de llamarle: “Abba, Padre querido” (cf. Mc 14, 36; Rom 8, 15; Gal 4, 6), y de vivir de las energías del Espíritu. Energías escondidas pero que no dejan de mostrarse eficaces en nuestra vida; energías más fuertes que el pecado y, como veremos un día, más fuertes incluso que la muerte.

La fiesta del bautismo de Jesús nos llama a la actualización de nuestro bautismo y a la renovación de una fe que nos haga capaces de descubrir en nuestra búsqueda diaria de Dios, la búsqueda que Él hace de nosotros; en el amor que nos damos unos a otros, el amor que Él nos tiene; y en nuestra solidaridad con los hombres, nuestros hermanos, su paternidad sobre cada uno de nosotros.

De la memoria del Bautismo de Jesús brota también una pregunta crucial para nosotros, sus discípulos: sumergidos en la muerte y resurrección de Cristo mediante el bautismo recibido (cf. Rom 6, 4-5), ¿estamos dispuestos a dar testimonio a todos del amor misericordioso de Dios? Si hemos experimentado el amor de Dios que nos salva, ¿cuánto esperamos para salir a anunciarlo?, ¿cuánto empeño ponemos en prepararnos? ¿Somos capaces de reconocer el propio pecado y aceptar que él lo perdone con su infinita misericordia, o sea, con su Espíritu Santo? Jesús ha iniciado su ministerio entre los pecadores para revelarnos esto, y después, a lo largo de toda su vida, ha ofrecido a todos los que encontraba el anuncio del perdón de los pecados; incluso lo ha dejado a sus discípulos como tarea fundamental: anunciar y ofrecer en su nombre a los hombres de todas las naciones el perdón de los pecados (cf. Lc 24, 47). Para esta misión entregó el Señor Resucitado el Espíritu Santo a los discípulos (cf. Jn 20, 22-23). El Espíritu Santo, recibido en el bautismo, nos hace hijos de Dios, nos llena de su amor y nos hace libres de todo temor. Así podemos vivir con paz y alegría en medio de los sufrimientos que lleva consigo el seguimiento del Señor y el testimonio del Evangelio.